

miento? Si entendian los primeros hombres, que la recompensa de la virtud y el castigo del vicio se aplicarian en esta vida, porque acabada esta ya acababa tambien todo temor y esperanza ulteriores, no podrian concebir como Dios, que era entonces su único legislador y su juez, prometiera premios á los que no daba cumplimiento. Abel era justo, servia á Dios con escrupulosidad, le ofrecia sacrificios con un corazon sincero y procuraba agradarle en todas sus acciones; sin embargo, Abel perece por una muerte prematura y violenta: cual juzgarian los antiguos patriarcas que habia sido el premio de la virtud de este justo? si no lo buscaban en la vida futura en la presente les enseñaba la esperiencia, que no lo habia recibido.

Abrahan oye de la boca del Señor estas consoladoras palabras, Gen. cap. 15. v. 4. yo seré tu recompensa, ¿que debil sería esta terminándose á la vida presente! ¿que le aprovecharian á este patriarca las bendiciones, que el Señor prometia derramar sobre su posteridad, si debian tener su cumplimiento, cuando ya el estaba sumergido en la profunda cima de la nada? á que fin espatriarse, dejar á su familia y peregrinar en tierras estrañas, si despues de tan costosos sacrificios toda su recompensa habia de reducirse á la multiplicacion indefinida de sus descendientes, y á que estos poseyeran la tierra de promision? Pero no, aquel patriarca, que iluminado con una luz superior vió re-

gocijado el dia del Señor, sabia que despues de su vida todavia le quedaba que esperar, y que su dicha no habia de quedar encerrada en las lobreagueses del sepulcro: si, el sabia esto, y sus hijos no lo ignoraron nunca. He aqui la prueba de esta verdad. El compra una caberna para sepultar á su esposa y la deja por heredad á sus hijos. Jacob quiere ser enterrado en ella y dormir con sus padres, Gen. cap. 47, v. 30. y dice al Señor, que en el tiene la esperanza de su salud cap. 49. v. 18. ¿Que esperanza de salud tiene Jacob? ciertamente no habla de la sanidad del cuerpo porque el sabia que no sanaria de aquella enfermedad, la salud que espera es la de la redencion, que no podria esperar sin crer, que su alma no perecia con el cuerpo.

José hijo de Jacob estando tambien para morir dice á sus hermanos »despues de mi muerte Dios os visitará y conducirá á la tierra que ha prometido á nuestros padres Abrahan, Isac y Jacob, Genes. cap. 50. v. 23, llevad con vosotros mis huesos.» Esta orden fue cumplida, como consta del libro del Exodo, y fue sepultado en el sepulcro de sus mayores, como se vé en el libro de Josue. ¿A que fin tanto empeño en los patriarcas para que sus cenizas fueran reunidas en un mismo sepulcro? Si ellos no tenian ya esperanza de otra vida, si estaban persuadidos que todo habia acabado con la presente y que aquellos miembros en otro tiempo organizados y vivientes estarian por

siempre confundidos con la tierra de que habían sido formados, ¿no era una extravagancia ridícula pretender con tanto empeño y aún obligar á sus hijos con juramento, que los sepultaran en el sepulcro, que Abraham les había dejado por herencia? Así sería, si los patriarcas no hubieran reconocido la vida futura; pero no, ellos estaban muy persuadidos de esta verdad y veían á la muerte, como un sueño del que algun día habían de despertar. Por esta causa compra Abraham el sepulcro para su muger Sara y lo deja á sus hijos por herencia, y por la misma Jacob y José tienen tanto empeño en ser sepultados allí. ¡Materialistas! acercaos á la cueva de Efron y encontrareis el dogma de la inmortalidad del alma grabado sobre el sepulcro de los patriarcas.

Job reducido á la última miseria no pierde el ánimo y quiere siempre conservar su esperanza para que descanse con él en el polvo del sepulcro. «Aún cuando Dios me quite la vida, dice, yo esperaré siempre en él» Job. cap. 13. v. 15. y con los terminos mas expresos sienta el dogma de la resurreccion de la carne asegurando que él sabe que vive el Redentor, que en el último de los tiempos se levantará del sepulcro y cubierto con su carne y piel verá á su Dios, y que esta esperanza la tiene guardada en su seno. Cap. 19.

Es incontestable que los egipcios creían no solo la inmortalidad del alma, sino tambien la resurreccion de los cuerpos, y por esta cau-

sa, dice un autor, tenían la costumbre de embalsamar á los muertos. Los israelitas vivieron mas de doscientos años entre los egipcios y tomaron de ellos la misma costumbre, y adoptándola parece evidente que tambien tendrían la misma creencia. Pero sigamos con las pruebas positivas que nos demuestran esta verdad.

Moises prohíbe á los israelitas que consulten á los muertos (1) como lo hacían los cananeos para saber las cosas ocultas, y apesar de esta prohibicion se practicó entre ellos esta supersticion, como se vé en Saul que hizo llamar una pithonisa, para que le presentase á Samuel que ya era muerto, que le anunciara el éxito de la guerra con los filisteos, y habiéndose aparecido el profeta al reprobado rey le dice, tú y tú hijo estareis mañana conmigo (2). De esto se infiere que los hebreos consultando á los muertos juzgaban que estos en la muerte no habían sido reducidos á la nada.

Al mismo Moises haciéndole saber el Señor, que era llegado el fin de sus dias, le dice, tú dormirás con tus padres, sube al monte Nebo y allí serás reunido á tu pueblo, como tu hermano Aron que murió en el monte Hor y fué reunido á su pueblo (3). Los pa-

(1) Dent. cap. 18.

(2) I. Reg. cap. 23.

(3) Dent. cap. 31. y 32.

dres de Moises y Aron, sus parientes y el resto del pueblo que habia muerto, ó habian sido enterrados en el Egipto, ó en el desierto por donde peregrinaban, mas ninguno se habia sepultado en los montes donde murieron estos dos hermanos, ¿cómo, pues, pudieron ambos dormir con sus padres y ser reunidos á su pueblo? no por un sepulcro comun en donde descansáran sus cenizas, luego estas expresiones lo que indican es que despues de esta vida hay otra habitacion en donde moren las almas de los muertos.

Balan dice (1), „que mi alma muera con la muerte de los justos y que mi fin sea semejante al suyo.” Si los hebreos no tenian idea de la vida futura ¿cómo podrian entender las palabras de Balan, y cual juzgarian que era el objeto de sus deseos? ¿que diferencia podrian encontrar en la muerte del justo y la del pecador, y en el fin del uno y el otro? ambos morian, ambos eran reducidos á la nada sin poder suponer que les restaba algun sentimiento mas allá del sepulcro, y asi les serian inconcebibles los deseos de este profeta: mas nó, sabian muy bien la diferencia que hay entre la muerte tranquila del justo que espera un porvenir dichoso y la del pecador que se estremece á la vista del abismo horroroso que se le prepara.

(1) Num. cap. 23.

David admirado de la prosperidad de los pecadores, de su impiedad é insolencia, casi desfalleciendo dice (1), que no podia con sus reflexiones comprender la conducta de la providencia, hasta que entró en el santuario del Señor para entender el fin de ellos. „A la verdad, Señor, añade el real profeta, el estado floreciente en que los colocais solo sirve para deslumbrarlos: ensalzándolos, preparais su precipicio y su ruina. ¡Ay! á que extremo de desolacion los veo reducidos! Aquella fortuna que tan permanente parecia, se desvaneció en un punto: digno premio de su iniquidad. Pasará su fortuna como un sueño, y con los bienes que gozaran en vuestra santa ciudad vuestros siervos, les dareis, Señor, á entender que la prosperidad imaginaria de los impíos, se redujo á la nada.

Los incrédulos se atreven á acusar á Salomon de materialista, y se valen de las palabras de este rey, en el Eclesiastes, en que parece que se espica como tal. Este es el testo del libro citado de donde forman los incrédulos su acusacion al autor (2). „Una es la muerte de los hombres y de las bestias, é igual la conducta de entrambos: como muere el hombre, asi tambien aquellas mueren: del mismo modo respiran todas, y nada mas tiene el hombre que la bestia: toda cosa está sujeta

(1) Ps. 72.

(2) Eccl. cap. 3. y sig.

á vanidad, y todas van á un mismo lugar: de tierra fueron hechas, y en tierra asimismo se vuelven. ¿Quién sabe si el espíritu de los hijos de Adán subirá arriba, y si el de las bestias descenderá abajo?

Cuando Salomon habla de este modo, solo atiende á la vida presente del hombre y á su parte sensitiva, y así dice que una es la muerte del hombre y de las bestias pues el hombre en cuanto al cuerpo despues de la muerte se convierte en polvo como el de las bestias, y si parece que pone en duda la inmortalidad del alma, dice el P. Scio, que el sentido de las palabras es que sin la luz de la fé, ó sin un profundo raciocinio y atenta meditacion no se puede conocer si es inmortal el espíritu del hombre, y si el de las bestias perece eternamente con el cuerpo, y que Salomon se queja, segun su modo de preguntar, de la inconsideracion de los hombres, que miran la inmortalidad del alma, ó como si la ignorasen, ó con poca reflexion. Léanse atentamente los capítulos 3.º y siguientes del Eclesiastes, y se conocerá su verdadero sentir del escritor sagrado, que refuta espresamente el error de los que niegan la vida futura.

No digas no hay providencia, dice el mismo Salomon, no sea que Dios enojado contra tus palabras destruya todas las obras de tus manos. Mas vale ir á la casa de luto, que á la de convite, porque en aquella se recuerda el fin de todos los hombres, y el que vi-

ve piensa lo que ha de ser... Ví á los impíos enterrados, que cuando eran vivos estaban en el lugar santo, y eran loados en la ciudad, como si sus obras fuesen justas: y aún esto es locura, pues por cuanto la sentencia no es dada luego contra los malos, los hijos de los hombres, sin miedo alguno cometen males, mas por esto mismo que el pecador cien veces hace mal y se le sufre con paciencia; he conocido yo, que serán dichosos aquellos que temiendo á Dios respetan su presencia. Alégrate pues, ó jóven en tu mocedad y en bien esté tu corazon en los dias de tu juventud, y sigue los caminos de tu corazon y lo que dá placer á tus ojos; pero sabe que por todas estas cosas te traerá Dios á juicio. Acuérdate de tu Criador en los dias de tu juventud antes que venga el tiempo de la aticcion y torne el polvo á su tierra de donde era, y *el espíritu vuelva á Dios que lo dió*. Teme á Dios y guarda sus mandamientos: porque esto es todo hombre: porque Dios traerá á juicio todas las faltas y todo lo que se hizo, sea bueno ó malo."

Estas palabras del Eclesiastes tan claras y terminantes, nos demuestran el verdadero sentir de Salomon. El prohíbe que se niegue la providencia y para que esta subsista es necesario que haya una vida futura en donde sea castigado el impío, que en esta disfrutó de todas las comodidades del mundo, y pre-

miado el justo que pasó sus días en el dolor y la aflicción. Dice que es mejor ir á la casa del luto, que á la del convite, porque en la primera recuerda el hombre lo que ha de ser. Si Salomon hubiera juzgado que el último fin del hombre era el anonadamiento, ¿como asegurar, que es mejor el asistir á la casa del luto? ¿qué utilidad sacaria el hombre de ir á contristarse con ideas lúgubres perdiendo los momentos de existencia, que podria ocupar en los convites y diversiones, supuesto que en la muerte no habia mas que esperar ó temer? Insiste en inculcar la verdad de un juicio en que Dios ecsaminará las buenas y malas acciones, y este mismo juicio lo presenta como un motivo poderoso para temer á Dios y observar sus preceptos. ¿Mas cuando ha de ser este juicio de que habla el Eclesiastes? En esta vida? nó; luego hay otra vida en donde se verifique, luego el alma del hombre aún vive despues de la muerte. No se diga que en el momento de espirar juzga Dios al hombre y luego lo precipita al abismo de la nada, sin atender á sus buenas ó malas acciones, porque entónces jamas podria el juicio ser incentivo para obrar bien, pues este es principalmente temido por la sentencia que á el se sigue, ¿y puede suponerse que ha sido juzgado el hombre y sentenciado en su muerte, si no hay distincion en la suerte del justo y del pecador? Mas el mismo Salomon admite la distincion de suertes y por esto tiene por mas

felices á los que han vivido en el temor santo del Señor. Ultimamente el espresa terminantemente la distincion del cuerpo y del espíritu y el que este sobrevive despues de la muerte cuando dice que volverá el cuerpo á la tierra de que fué formado, y el espíritu á su Criador. Pasemos á otros libros del antiguo testamento.

Elias queriendo resucitar al hijo de su bienhechora, hace oracion á Dios y le dice, (1) «Señor, haced que el alma de este niño vuelva á su cuerpo» y añade el historiador sagrado, que el alma del niño volvió al cuerpo, resucitó y el profeta lo entregó á su desconsolada madre, quien reconocida confiesa que Elias es un hombre favorecido del Señor. No solo esta resurreccion lemos en los libros del antiguo testamento, pues en otras partes se refieren prodigios semejantes. Si los israelitas hubieran sido materialistas, ¿podrian haber creido la resurreccion de los muertos, cuando tal creencia es del todo contraria á la absurda opinion de que muriendo el hombre se reduce á la nada para siempre?

Isaiás profetizando la vuelta del pueblo escogido de la cautividad de Babilonia y la ruina de este imperio, supone que los muertos hablan al rey de Babilonia y le reprochan su orgullo, cuando el descende al infierno á

Y 2

(1) 3. Reg. cap. 17.

reunirse con ellos, y que le dicen „tambien tu has sido herido como nosotros, te has hecho semejante á nosotros. Abatida ha sido tu soberbia hasta los infiernos, cayó tu cadáver: debajo de tí se estenderá la polilla y tu cobertura serán los gusanos” (1). El mismo profeta asegura que los justos, sin que lo adviertan los mundanos, serán recogidos antes que venga la malicia, y descansarán en el lugar de su sueño, en premio de su rectitud, y que para los impíos no habrá paz, pues el gusano de su conciencia no morirá ni se extinguirá el fuego eterno que los ha de devorar. Luego los justos despues de su muerte segun Isaías tendrán un lugar en donde descansen, y los pecadores una morada de horror en donde sean atormentados.

Todos estos escritores sagrados que hemos citado vivieron antes de la cautividad de Babilonia; sus libros eran recibidos entre los israelitas como sagrados y reconocian en ellos la autoridad de Dios, que habia inspirado á sus autores: en ellos, tanto en los pasages citados, como en otros que omitimos, está inculcada la inmortalidad del alma, y el lenguaje de los escritores sagrados antes de la cautividad de Babilonia, es igual al de los que ecsistieron despues. Daniel, Esdras, el autor del Eclesiástico y el de los libros de los macabeos, nada nos enseñan de nuevo sobre este punto.

(1) Isai. cap. 14 cap. 57.

Las espresiones de los profetas, la conducta de los caudillos de Israel, las leyes, los usos, los medios para ecsitar al bien obrar y para retraer al pueblo del mal, son iguales en una y otra época, y esta uniformidad es el mejor garante de la créncia del antiguo pueblo hebreo.

¿Y se podrá, aún, decir de buena fe que los israelitas no conocieron antes de su cautividad el dogma de la inmortalidad del alma; sino que tomaron esta noción de los persas, ó de los caldeos entre quienes estuvieron cautivos? Es necesario negarse del todo á dar oídos á la razon y desconocer toda la verdad de la historia para notar de materialista al antiguo pueblo de Israel. Nada satisfactorio podran respondernos los materialistas, á este sencillo argumento, que formamos de los textos citados. Los hebreos, antes de la cautividad de Babilonia, creían de fe las palabras de los escritores sagrados de que hemos hablado, y en sus libros reconocian la autoridad divina, que los habia inspirado; en estos libros se halla repetidas veces sentada la inmortalidad del alma: luego la reconocian.

Es, pues, una calumnia acusar de materialistas á los hebreos, y si se combatio entre ellos la verdad de la inmortalidad del alma, fue por la secta de los saduceos, que no apareció entre los judios, sino doscientos años antes de la venida de Jesucristo, y mas de un siglo despues de Epicuro, de quien es proba-

ble que haya tomado su origen la secta de los saduceos. Estos se atrevieron á proponer á Jesucristo sus sofismas contra la resurreccion de los muertos; pero su magestad les confunde é impone silencio haciendoles ver que yerran por no entender las escrituras ni el poder de Dios. «Sobre la resurreccion de los muertos, les dice, no habeis leído lo que os dije, Dios: ¿Yo soy el Dios de Abraham, y el Dios de Isaac y el Dios de Jacob? (1) No es Dios de muertos sino de vivos.» Los saduceos entendieron toda la fuerza del argumento y no tuvieron que responder al Señor. Duamel esponiendo las palabras de Jesucristo dice: «con este argumento prueba Jesucristo invenciblemente la inmortalidad del alma y la resurreccion de los cuerpos, porque si Dios se llama el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, aún despues de muertos estos patriarcas, como Dios no es Dios de muertos, sino de vivos, es preciso que estos patriarcas vivan aun segun la parte principal que es el alma; y como los nombres de Abraham, Isaac y Jacob no son nombres de solas las almas, sino de todo el hombre, se sigue tambien que para Dios que ve las cosas en su eteroidad, viven en aquella diferencia de tiempo, que ha de seguir la resurreccion: lo que no seria, si no hubieran de resucitar los cuerpos.»

Hemos visto como la creencia de la in-

(1) Math. cap. 22.

mortalidad del alma entró en el mundo con los primeros padres del genero humano, que esta la tuvieron los antiguos patriarcas, que Abraham la enseñó á sus hijos, que estos la trasmittieron á su numerosa posteridad y que el pueblo de Israel la conservó hasta la venida de Jesucristo.

En la religion cristiana es indudable que esta creencia hace una parte esencial de la religion. Jesus la anuncia con su predicacion, confunde á los que la combaten y la confirma con sus prodigios. El resucita á los muertos y con esto demuestra que sus almas vivian despues de la muerte, y resucitándose así mismo vincula en su admirable resurreccion la mas firme esperanza de la nuestra. Se deja ver de sus discípulos y les dice que vuelve á su Padre para prepararles el lugar que despues de los trabajos de la vida han de ocupar en la augusta mansion de su gloria. Los castigos y premios despues de la muerte, el juicio universal en donde han de ser presentadas todas las tribus de la tierra, y la resurreccion de los cuerpos se hallan anunciadas en el evangelio con una claridad que escluye todo motivo de duda. Estas verdades son la base de toda la moral cristiana y con ellas alienta el Salvador á sus discípulos á entrar en la penosa y ardua carrera de la conversion del mundo. Los apóstoles las anuncian y cuando predicán á Jesucristo crucificado, siempre añaden que resucitó glorioso, y que así como el Maestro celestial

después de las ignominias de la Cruz subió triunfante á los cielos, sus discípulos después de los trabajos de la vida irán á descansar eternamente en compañía de su Magestad.

Supuesto que todos los que profesan la religion cristiana admiten como un dogma muy principal la inmortalidad del alma, no juzgamos necesario probar que esta ha sido la creencia de los cristianos, y así habiendo hecho ver que los judios no fueron materialistas, pasemos á indagar cual ha sido sobre este punto, el sentir de los demas pueblos de la tierra.

En todos los pueblos ha estado siempre vigente el dogma de la vida futura, y la idolatria grocra, lejos de oscurecer esta verdad le ha dado nueva fuerza por el mismo abuso que hizo de ella sacándola de sus justos límites y haciendo de la inmortalidad del alma, una fuente de la idolatria. La apotheosis de los hombres grandes, y el uso de darles después de muertos los honores que son propios de la divinidad, jamas se habrian introducido en el mundo si se hubiera creido que el hombre después de la muerte es reducido á la nada. El autor del libro de la sabiduria hablando de este error como universalmente extendido, explica su introduccion y progresos con las palabras siguientes. «Penetrado un padre de amargo dolor, hizo la imágen del hijo que le fué arrebatado de improviso y á aquel que entonces habia muerto como hombre comiezanle á adorar ahora como á Dios, y le establece en-

tre sus siervos ceremonias y sacrificios. Después con el andar del tiempo tomando cuerpo la mala costumbre, este error fué establecido como ley y por decreto de los tiranos eran adorados los simulacros.... y este fué el engaño de la vida humana: porque los hombres, ó por lisongear á la pasion, ó á los reyes, dieron á las piedras y á los leños un nombre incommunicable." Es decir, á los ídolos les dieron el nombre propio del Señor, y las adoraciones, que esclusivamente convienen á su magestad.

Los egipcios que son vistos como los primeros autores de la idolatria, creían no solamente la inmortalidad del alma; sino la resurreccion de los cuerpos, como dijimos en otro lugar, y esta creencia introdujo la costumbre de embalsamar los cuerpos, y los reyes de esta nacion para satisfacer su orgullo, y vanidad no queriendo que sus cenizas fueran recogidas en algun lugar en donde pudieran ser confundidas con las de sus súbditos hicieron levantar para sepulcros suyos aquellas grandes pirámides, que subsisten hasta el dia y son llamadas por el ilustrísimo Bossuet, tumbas de la antigüedad, estos soberbios monumentos desafiando á los trastornos de los siglos con su subsistencia, al mismo tiempo que eternizan el orgullo de aquellos príncipes egipcios, perpetúan la memoria de su creencia sobre la inmortalidad del alma. Algunos incredulos han pretendido hacer creer que esta nacion fué la in-

ventora del dogma de la inmortalidad del alma; pero toda la antigüedad respetable clama contra esta falsedad y demuestra que la vida futura ha sido admitida en todas las naciones. Los indios, los chinos, los scitas, los galos, los bretones, los islandeses y últimamente los americanos no han ido al Egipto á aprender esta verdad, y sin embargo la han reconocido. Los honores fúnebres hechos á los muertos, el respeto con los sepulcros, y la veneracion con que han sido vistos los restos de los difuntos, fija su época en los primeros muertos; este respeto á los sepulcros y á los muertos y la locura de consultarles para saber el porvenir de las cosas, ha sido general en el mundo, y por consiguiente la creencia de otra vida: los cananeos hacian estas consultas y Homero y Virgilio hablan de esta costumbre como universalmente recibida entre los antiguos.

Los filósofos incrédulos que han pretendido echar por tierra este dogma han esforzándose tambien para averiguar que pueblo fué el que le introdujo en el mundo, y despues de examinar la antigüedad no han encontrado lo que buscaban con tanto cuidado y han confesado lo infructuoso de sus indagaciones. »Seria como imposible (dice el autor de la carta de Trasibulo á Leucippo), encontrar pueblos entre los cuales la opinion comun no dé una especie de inmortalidad á nuestras almas.» »Nada mas popular, (dice el autor del siste-

ma de la naturaleza) que el dogma de la inmortalidad del alma, nada mas estendido que la esperanza de otra vida: sobre este prejuicio se han fundado todos los sistemas religiosos y políticos.» Bolingbrok aunque enemigo de este dogma, confiesa que es mas antiguo que todos nuestros conocimientos históricos; Bayle asegura que se encuentran símbolos y pruebas de esta verdad aun entre los salvages que no tenían ningun culto público, y en el diálogo sobre el alma se dice, que el filósofo que ha asegurado que muchas naciones no tenían esta creencia debía por honor suyo citar por lo menos, una.

Los esfuerzos que han hecho los incrédulos, dice un filósofo moderno, para descubrir el primer pueblo que ha imaginado el dogma del alma espiritual é inmortal y le ha transmitido á otros, nada ha aprovechado, porque este ha nacido con el género humano y no ha sido desconocido sino por los filósofos.

He aquí como los mismos incrédulos se ven, á su pesar, obligados á confesar que la creencia de una alma inmortal es tan antigua como el mundo, que es general en todos los pueblos, y que ha sido de todos los tiempos: el asegurar que solo de los filósofos ha sido desconocida, es otra grocera falsedad. Veamos como pensaron los sabios de la antigüedad.

Phedon cuenta el estado en que vió á Sócrates cuando moria. El salia de la vida, dice, con un apasible gozo y una intrepidez